



ESCALERA DEL PÚLPITO DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

El SEMANARIO ha consagrado ya en diversos años varios artículos y láminas á la descripción del magnífico templo de Barcelona; hoy presentamos solo un detalle de él, y no será el último que ocupe nuestras páginas. La escalera del púlpito es de piedra, así como la balaustrada calada; ocupa la parte izquierda del coro, mirando al altar mayor; pertenece al orden gótico, como la mayor parte de la catedral, y es sumamente elegante y graciosa, como lo indica el grabado que va al frente de estas líneas.

D. MELCHOR DE MACANAZ.

Entre los personajes ilustres que en el reinado de Felipe V arrimaron el hombro para enderezar el armazón de nuestro gobierno y cosas públicas, no es Macanaz de los que menos derecho tienen á ser considerados. Magistrado recto y entendido, buen publicista, no estraño á los manejos diplomáticos, y sobre todo enérgico defensor de las regalias de la corona, dejó bajo todos conceptos un crédito bien sentado; la parte sin embargo de celebridad mas ruidosa, la debe á sus persecuciones y desgracias. ¡ Singular compensacion de la suerte, que así resarce á la larga á los que indebidamente sufren! ¡ y no menos singular privilegio del infortunio, que en su crisol suele evaporar las escorias, y ofrecer solo el metal puro á los ojos de la posteridad! No ignoran cuantos algo han saludado de nuestra historia la predileccion

con que el santo padre miraba la causa de la rama austriaca durante los variados trances á que dió márgen la herencia de Carlos II: sobresalen entre otros hechos el del breve en que desaprobó la sentida demanda dirigida por D. Felipe á los cabildos, solicitando un préstamo de dos millones de escudos, y el reconocimiento del archiduque, en 1709, á pesar de que antes (1700) lo habia ya efectuado á favor de su adversario. Esto no podia menos de suscitar algun acaloramiento en los ánimos decididamente afectos al rey, tronco de la actual dinastía, y puede servir de esplicacion y escusa á la acritud que Macanaz desplegó en un informe sobre asuntos eclesiásticos, escrito en 1713, y origen de la adversa ventura que al fin tuvo.

Nació D. Melchor de Macanaz en Hellín, en 1670, y en Valencia y Salamanca estudió las leyes civiles y canónicas, con el aprovechamiento que sus escritos atestiguan. Sus méritos le granjearon la proteccion del cardenal Portocarrero, y su buen desempeño en repetidos cargos, la estima de los reyes Carlos y Felipe, el primero de los cuales le nombró su secretario, y el segundo, después de eminentes servicios prestados en Aragon y en la toma de Tortosa, cuya conquista confesaba el duque de Orleans deber á sus discretas advertencias, le elevó al alto empleo de fiscal general del consejo. Allí trabajó á fin de introducir algunos adelantos en la jurisprudencia, si bien era aun muy temprano para que sus avanzadas ideas de reforma penal, separacion de las leyes de este género y las civiles, perentoriedad en los procedimientos y codificacion, pudiera hallar acogida en nuestro derecho positivo. Entonces fué cuando, consultado por el consejo, presentó el célebre informe sobre una porcion de gravísimos asuntos

13 DE FEBRERO DE 1835.

eclesiásticos (1). Concibió el consejo temores al enterarse de los osados principios de su fiscal, y eso que contaba con el apoyo del rey; y así fué dilatando el acuerdo, mandando primero en 10 de diciembre de 1713, que se diese una copia á cada ministro, y prolongando luego la vista por decretos en 20 de febrero y 2 de abril del año siguiente. Llegó con esas vueltas á manos del cardenal Giudice, quien lo hizo juzgar y condenar por el Santo-Oficio, fijándose la sentencia en los sitios públicos, y en las paredes del mismo real alcázar. Fué el referido cardenal uno de los mas acerbos enemigos de Macanaz: habia pretendido el arzobispado de Toledo, pero aquel se opuso, alegando las leyes del reino, que escluyen á todo extranjero de ese cargo. Hé ahí el origen de tanto encono.

Felipe V quiso defender sus regalías, y por de pronto dictó enérgicas providencias, destituyendo al cardenal de su destino de inquisidor, por decreto de 7 de diciembre de 1714; pero el poder del Santo Tribunal era muy grande, incierto y débil el carácter del rey, y además, con la caída de Orri y de la princesa de los Ursinos, faltaron sus protectores á Macanaz, vióse pues precisado á guarecerse en Francia. Entonces ¡extraño contraste! continuó obteniendo señaladas muestras del aprecio del rey, y recibió las comisiones de asistir al congreso de Cambrai (2), de avistarse con el cardenal Fleuri para definir interesantes cuestiones internacionales, y de representarle tambien en los arreglos de la paz que debía ajustarse en Breda. Desde allí se le mandó regresar á España, y permaneció doce años preso en el castillo de Pamplona y en el de San Anton de la Coruña, hasta que le sacó en 1759 la mano benéfica de D. Carlos III, para morir á los seis meses (3).

Fuéron muchas y muy notables las obras que escribió, principalmente en los treinta años de su destierro. Cuando se le hizo salir de Breda, los agentes de sus enemigos, que deseaban apoderarse de los papeles en que revelaba las intrigas y pérfidos manejos de los mismos, lograron cogerle mas de ochenta volúmenes manuscritos, salvándose, como él mismo refiere, otros cincuenta. Ciento de ellos los enumera Valladares en el tomo VII del *Semanario erudito*.

Dichas obras versaban sobre materias eclesiásticas, en las que se gloriaba de no haber hecho otra cosa «que seguir la doctrina evangélica, los santos padres, las decisiones de la Iglesia, los concilios generales y provinciales, los sagrados cánones, y últimamente la práctica inconcusa de las concordias establecidas y puestas en uso por la Iglesia y el imperio (4). Quiere la tiara tener dominio sobre la corona. » Padezca yo, señor (esclamaba), pero jamás V. M. permita esto. A todo puse límites la Providencia. Sometase V. M. como reverente hijo de la Iglesia á cuanto le ordene el papa, tocante á cosas espirituales, pero por ningún caso consienta que en negocios meramente temporales pueda el cayado poner leyes al cetro. »

Estudios sobre la historia de España, cuestiones literarias, tratados económicos y políticos, en alguno de los cuales propuso la necesidad de promover la industria popular, idea que mas tarde desarrolló el conde de Campomanes, fuéron el objeto de sus numerosos trabajos.

Han extrañado algunos que habiendo sufrido una guerra tan cruda por medio del Santo-Oficio, escribiese todavia en defensa de aquella institucion. Tres obras, que yo sepa, destinó á este fin; una dirigida al autor que escribió contra la inquisicion de Goa, otra á los que escribieron contra los inquisidores de España, y otra en dos tomos en 4.^o en defensa del tribunal de la Santa Inquisicion, y contra sus mayores enemigos los herejes calvinistas y luteranos. ¿Y cómo se concilian esa defensa y esas persecuciones? A mi entender muy fácilmente. La gran batalla que Macanaz sostuvo, fué por la causa de las regalías de la corona; pero la maledicencia le mordía, y por tanto salió tal vez con doble empeño á mostrar que no era menos ferviente católico que sus enemigos. Por otra parte, los hombres mas eminentes están siempre sujetos en algo á los errores y aprensiones del tiempo en cuya atmósfera respiran; y así no es extraño que al lado de avanzadas ideas de reforma penal sostuviese principios que la filosofía rechaza, y que junto á sus célebres informes eclesiásticos haya doctrinas algo divergentes.

(1) Impreso en 1844.

(2) No llegó á concurrir á este congreso, porque el famoso jesuita, P. Daubenton, tuvo arte para persuadir al rey, que en el interés del mismo Macanaz estaba se concluyese antes el proceso inquisitorial que tenia pendiente, cuya brevedad se encargaba él de recomendar; pero que sin embargo dió lugar á que el congreso terminase. El mismo Daubenton, afectando siempre predileccion por Macanaz, supo evitar que el rey le llamase, como pensaba, á la caída de Alberoni.

(3) En el manifiesto en que Macanaz habla de las negociaciones del congreso de Breda, dice, que cuando esperaba órdenes y facultades mas amplias y satisfactorias, recibió un pliego en el que se le mandaba abandonar el congreso y retirarse á la ciudad que quisiera, no en los dominios de España: que obediendo partió para Cambrai, donde á poco halló segunda orden, previniéndole que se presentase en Pamplona á disposicion del virey, que lo verificó así, y á los dos meses (sin haber podido penetrar la causa de su desgracia), se le mandó salir para la Coruña en término de veinticuatro horas.

(4) Carta al rey, remitiéndole la obra sobre las Causas de la despoblacion de España.

Además del informe aludido, que tan amargas consecuencias produjo á su autor, escribió los *Auxilios para gobernar bien una monarquía católica*, publicados en el *Semanario erudito* de Valladares. Esta obra, compuesta de veintidos auxilios, la remitió desde París en 29 de agosto de 1722. El rey los leyó con mucho gusto, y aun con deseo de dar principio á su establecimiento; para esto se los entregó al ministro de Estado, marqués de Grimaldo, cuyo juicio no fué menos favorable; pero aun quiso el monarca oír nuevos informes, y los pidió al obispo de Coria, al marqués de Mirabal y á D. Juan Oremdain, todos tres enemigos de Macanaz: sus informes sin embargo se redujeron á *abultar dificultades y fingir escollos*, con lo cual y con otros sucesos públicos, quedaron olvidados los *Auxilios* (1). Esta obra, abundante en miras elevadas, y fuerte sobre todo en las reformas eclesiásticas, que eran, por decirlo así, la pesadilla de Macanaz, es un curioso documento para apreciar la tendencia y carácter de aquel tiempo. La historia no es completa si no sabe hacer notar el hervor de las ideas que se ocultan bajo los hechos.

Otra obra hemos visto manuscrita con el título de *El deseado gobierno buscado por el amor de Dios, para el reino del sol, por Don Melchor Macanaz* (1728). El argumento lo compendia en las siguientes líneas: «Un peregrino que pasó al reino remotísimo del gobierno deseado, sito en un clima que no ha llegado á usurpar la codicia humana, da cuenta en este libro de cuanto admirable é instructivo observó en él.» Los personajes son todos alegóricos: pertenece en cierto modo á esa serie de obras que en la edad moderna empezó con la *Utopía* de Tomás Moro, y ha concluido con la *Icaria* de Cabet; pero entiéndase que aun cuando la idea del plan la tomase del célebre canceller inglés, no participa en modo alguno de sus teorías: sus reformas son apropiadas al reinado de Felipe V, aunque utópicas tambien á veces en su clase. Las ideas en el arreglo civil y eclesiástico (1), son las mismas que se notan en los *Auxilios*, y esto es lo que justifica que se atribuya á Macanaz.

Los ligeros rasgos de esta biografía demuestran que merecen alguna atencion los hechos y escritos del sugato á quien se refiere, uno de los primeros que figuran en la lista de hombres públicos que descollaron y dieron lustre á los reinados del siglo precedente.

A. GIL SANZ.

ROSALIA.

(Continuacion.)

Rosalía hizo una pausa y luego prosiguió con voz muy débil y titubeando:

No sé cómo deciros lo poco que me resta sin avergonzarme, mas confío en que hallaré indulgencia á vuestros ojos, siquiera en consideracion al miserable estado en que me veis. Una tarde, segun costumbre, comimos juntos Enrique y yo, y posteriormente he recordado algunas particularidades de esta comida que entonces escaparon á mi inespierencia: Enrique me prodigaba siempre muchas atenciones; pero aquel dia me parecieron escesivas, y por dos ó tres veces agnó él mismo el vino de Burdeos que yo acostumbraba á beber. Acabada que fué la comida él se retiró á su cuarto, segun me dijo, á escribir, y yo bajé al jardin y me dirigí á mi sitio predilecto, que era una especie de cenador entoldado con el follaje de una parra, y en medio del cual mana una fuente, que luego han rodeado de un pilon de mármol, sobre el que se ven muchos grupos de escultura y varios tiestos con las flores y plantas mas raras y desconocidas. El agua de esta fuente corre por un cauce, tambien natural, y atravesando el cenador le presta una frescura y animacion indecibles... Me detengo en estos pormenores para haceros conocer las seducciones que me rodearon, y que atenuan, ya que no disculpen mi extravío.

En este sitio pues, me senté en un banco junto al pilon de la fuente, y abrí un libro que llevaba, mas no pude leer mucho tiempo. No sé si fué á consecuencia de la impresion que produjeron en mí aquellas páginas que consagraban al amor con una elocuencia admirable, ó por cualquiera otra causa, la verdad es que caí en una especie de letargo semejante al que origina el calor escesivo, senti un ligero ardor en el corazon y en el estómago, y dejé caer los brazos sobre mi falda con languidez. A este tiempo llegó Enrique y se sentó á mi lado; al verle me pareció que nunca le habia amado tanto, y sus palabras me causaron mayor impresion que otras veces.

Mientras me pintaba su amor con los colores mas vivos y apa-

(1) Todo esto lo refiere en la advertencia que puso en un original de su mano, para que se supiesen los motivos que hubo para desviar el ánimo de S. M.

(2) Uno de los mas curiosos capítulos es el que contiene la discusion de la asamblea de aquel imaginario pueblo, relativa á la admision de los jesuitas. A pesar del mauoso discurso de su defensor, fueron desechados.

sionados, yo le escuchaba en silencio, mirando la corriente bondad y cristalina que casi mojaba mis pies... Todo en aquel recinto escitaba á las dulces caricias y á las ardientes emociones de la pasión... Las flores de los tios despedían un perfume penetrante que me turbaba, é inclinándose unas hacia las otras, parecía que se amaban y se confundían... el mismo arroyo me presentaba amores entre sus puras aguas. Yo vi en él á la valisneria columpiarse en la superficie esperando á la flor su compañera; vi á la blanca parnasia levantar sucesivamente sus estambres, arrimarlos á su pútilo y fecundarse á sí misma, y un grupo de mármol de los que adornaban el pilón y representaba á dos amantes enlazados los brazos y mirando al cielo con una espresion de felicidad inefable, se animó por un momento ante mis ojos y me robó la poca razón que me quedaba... ¡Qué podré decirlos!... La soledad de aquel sitio... la influencia de la primavera... la lectura que acababa de hacer, y sobre todo las palabras de Enrique, el fuego de sus manos que oprimían á las mías, sus miradas, donde yo leía el ruego, y que me fascinaban... ¡Ah! perdonadme... no puedo continuar...

La pobre niña ocultó su rostro entre las manos, mientras yo la contemplaba con dolorosa admiración.

—Rosalia, la dije hondamente conmovido, ¿por qué os avergonzáis delante de mí: en qué sois culpada, pobre inocente criatura, mártir de una pasión que solo se ceba en almas tan hermosas como la vuestra?

Rosalía me dió las gracias con una tímida y espresiva mirada: luego prosiguió bajando los ojos al suelo:

—Desde aquella tarde parecía que Enrique me amaba si cabe mas que anteriormente; pero este exceso de cariño duró muy poco. Algunas veces suscitaba yo la cuestión acerca de nuestro enlace, y me decía que esperaba respuesta de su hermano, que á la sazón se hallaba en Cataluña, por lo que se había retardado aquella, y apenas recibida obraríamos en consecuencia, aunque de todos modos uniéndonos en breve. Al principio no dudé en manera alguna de la veracidad de estas palabras, pues como he dicho, el amor de Enrique parecía haberse aumentado; pero á los pocos días noté en él cierta frialdad que cada vez se me hizo mas perceptible.

Una ligera tos interrumpió de nuevo á Rosalia, y sosegada después, continuó de este modo.

Una mañana, al vestirme en mi habitación, fui á coger yo no sé qué de encima de una mesita que estaba al lado de mi cama, y figurárami asombrado viendo sobre ella un bolsillo que me pareció lleno de dinero, y un billete entreabierto, que al instante conocí ser de Enrique. Leedle, repuso Rosalia sacándole de una cartera que llevaba en el pecho, es el único que he conservado como un talisman contra mi amor.

Yo leí el billete, concebido en estos términos:

«Rosalia, perdóname: he abusado de tu credulidad. Hace días recibí una carta de mi hermano, llena de amenazas y mandándome que vuelva inmediatamente á Madrid, y aunque me cuesta mucho separarme de ti, y no sin haber luchado contra mi cariño, he resuelto, por fin, obedecerle. No creas, sin embargo, que no te amo, sino que no quiero hacerte desgraciada para siempre, pues yo me conozco demasiado, y nunca podría acostumbrarme á la miseria que nos quedaría después de mitigarse los primeros trasportes de nuestro amor.

«Por tanto pues te ruego vuelvas á tu casa, donde fácilmente obtendrás el perdón de tu familia, y una vez allí, esperarás á que alcance, á fuerza de súplicas, el consentimiento de mi hermano, no dudando de que tan luego como pueda conciliar los deberes de la sociedad con los que me impone tu cariño, volaré á tu lado para hacer que me ames y me perdones.

Enrique.

«Te advierto que el dueño de esta casa se trasladará á ella en breve con varios de sus amigos. Respecto á tu viaje, puedes entenderle con Juan, el criado de la quinta, y asimismo usar de la corta suma que he dejado para este objeto.»

IV.

Esta carta, repuso Rosalia con una serenidad que me conmovió mas que si hubiera prorumpido en lamentos ó imprecaciones, fué para mí un golpe tan terrible como inesperado. No os diré la indignación, el dolor, el desprecio que me agitaron sucesivamente; sería empresa superior á mis fuerzas. Hubo momentos en que creí perder la razón, mas luego, sacando energía del exceso de mi orgullo, cogí mi sombrero de paja y salí de la quinta sin hablar al criado que cuidaba de ella, á quien suponía cómplice en la infamia de Enrique.

Cuando estuve á alguna distancia me senté en un pedrusco al lado de una senda que conduce á Pamplona, y allí permanecí mucho tiempo apoyada la cabeza en una mano y presa de los mas desgarradores pensamientos. ¿Cómo espresaros los infinitos que surcaron mi imagi-

nación?... Considerad el estado en que me hallaba y podreis figurároslos en parte... Pero admirad la fuerza de mi amor: en medio de la terrible decepción que acababa de sufrir recordando aun las falaces promesas del que me había engañado tan vilmente, no pude resignarme á perder de un golpe todas mis ilusiones, y me esforcé en persuadirme que Enrique me amaba todavía... Aun en la insolente franqueza de su carta, creí ver confirmado este pensamiento, y me le imaginé luchando con las preocupaciones sociales, disculpándole en cierto modo en consideración á estas. No fué tanta mi ceguedad que no conociese que su amor, dado caso que aun le sintiese hacia mí, no era tal como yo le hubiera deseado; ¡pero cómo conciliar un completo olvido con las asiduas atenciones, la constancia en superar tantos obstáculos, el afán que había demostrado en hacerse corresponder por mí, y sobre todo con el fuego, la pasión y el sello de verdad que llevaban sus palabras cuando me espresaba su ternura!... ¡Ah necia de mí! en mi inesperienza no sabía que hay hombres que sacrificarán hasta su vida por la consecución de un deseo, y después de alcanzado solo esperintan hacia él desprecio y hastio.

A consecuencia de las razones con que procuraba atenuar el horrible proceder de Enrique, ideé mil proyectos á cual mas novelescos é insensatos, y estaba engolfada en estos diversos pensamientos, cuando oí á mi lado una voz gangosa y desagradable que exclamó en tono suplicante:

—Señorita, una limosna por amor de Dios.

Y alzando la cabeza vi un mendigo que con el sombrero en la mano imploraba mi compasión. Era de edad avanzada, y su semblante me inspiró confianza no sé por qué; así es que asaltándome una idea, mas bien consecuencia de las anteriores, le dije después de examinarle un momento:

—¿Sois de Pamplona, ó caminais sin dirección fija?

—He nacido en Tolosa, me contestó, y ahora voy á Madrid, viaje que hago dos ó tres veces cada año.

Estas palabras me llenaron de alegría, porque luego que pasado el primer impetu de mi indignación hacia Enrique, hice por hallar menos feo su modo de proceder, la reflexión de mi abandono y de la situación en que me encontraba, se me representó en toda su terrible realidad. Sola, sin recursos en un país que no conocía, ¿qué partido tomar, dónde dirigirme? Hubo momentos en que pensé en volver á mi casa, mas solo al reflexionar en el recibimiento que tendría y en la vida que me esperaba, me estremecí en lo mas íntimo de mi corazón. Ocasiones hubo también en que me arrepentí de no haber tomado el bolsillo que Enrique había dejado para mí; pero mi orgullo y delicadeza desvanecieron al instante tan indignos pensamientos, así es que las palabras del mendigo, que se prestaban á mis proyectos, acabaron de fijar mi resolución.

—Escuchad, le dije, me parece que puedo fiarme de vos. Quiero ir á Madrid en vuestra compañía, veremos si nos proporcionamos algunos recursos para el viaje.

El mendigo me miró asombrado, sin duda del contraste que mi traje ofrecía con estas palabras.

—¿Cuánto os parece que valdrán estos pendientes? proseguí enseñándole los que llevaba puestos, que eran de coral engarzados en oro.

—No lo sé á punto fijo, respondió el pobre cada vez mas sorprendido, pero siempre habrán costado sus tres doblones.

—Pues tomadlos, repuse yo. Id á Pamplona á venderlos, y con el importe compradme una falda de estameña; si la encontráis usada, tanto mejor, tres pañuelos de los mas baratos que halleis, un par de medias de estambre y unos zapatos gruesos, ahí teneis la medida.

Me quité los pendientes y se los di, así como tambien mi pañuelo de batista y el sombrero de paja de Manila, y el mendigo partió después de asegurarme que volvería á buscarme á aquel mismo sitio, en el cual quise esperarle para desvanecer las sospechas de cualquiera que acertase á pasar por allí, haciéndole creer que yo habitaba en la quinta inmediata.

Trascurrieron muchas horas, durante las cuales es indecible la ansiedad que me atormentó, y ya empezaba á desconfiar del mendigo cuando le vi acercarse mas de prisa que debía esperarse de su edad, trayendo un lio debajo del brazo. Al verle sentí la satisfacción que es consiguiente, unida á una especie de remordimiento por haber dudado de él.

Cuando llegó donde yo estaba, después de explicarme los motivos de su tardanza, me alargó el lio, donde traía los efectos que le mandé comprar y algunas monedas de plata que le habían sobrado, pero yo hice que las guardase para nuestras urgencias. Después desbaraté á propósito mi peinado, me puse un pañuelo á la cabeza, me quité mi cuello de encaje, y en su lugar me ceñí otro pañuelo, reservando el tercero para la mano. Doblé la falda de mi vestido de chali, sujetándola á la cintura, y sobre ella coloqueme la de estameña que me trajo el mendigo, y arrojando mis zapatos finos, me puse los que le había mandado comprar, calzándome antes las medias de estambre sobre las

mias de seda. Hecha esta trasformacion, lancé una mirada á la quinta donde habia pasado dias tan felices, y emprendí mi camino con mi compañero de viaje, el cual no acababa de volver de su sorpresa, y me hizo varias preguntas, á las que satisface forjando la historia que me pareció mas verosímil.

Presumo, caballero, que nunca habreis conocido las privaciones, por tanto creo escusado deciros los inmensos trabajos que pasé en aquel viaje, hecho á pié y con tan escasos recursos, porque no me comprenderiais. El mendigo pedia limosna, tanto por costumbre cuanto por no escitar sospechas, y esta primera humillacion fué la iniciacion de las muchas que me esperaban... ¡Ah! tal vez no hubiera podido sobrellevar tantos padecimientos á no haberme alentado una dulce esperanza. Después de algunos dias de camino, por último dimos vista á Madrid... conforme nos aproximábamos, crecia mi inquietud; allí estaba Enrique... mas... ¿cómo me recibiría?

Llegamos á una puerta de aquella inmensa ciudad, pero no entramos por ella; mi compañero no quiso atravesar por las calles principales temeroso de la policia, por lo que torciendo á la izquierda, después de pasar por otra sin entrar tampoco por ella, lo hicimos al fin por la tercera que encontramos, que nos condujo á un hermoso paseo adornado con muchas fuentes, donde habia un sin número de gente, y después de atravesarle en toda su estension, salimos por otra puerta que mi compañero dijo ser la de Atocha, encaminándonos á un arrabal que hay á corta distancia de ella, donde hicimos noche en una miserable casucha, en compañía de otros muchos mendigos tendidos todos unos casi encima de los otros sobre algunas malas esteras.

Al dia siguiente me levanté muy temprano sin haber podido dormir en toda la noche, pues el aire de miseria é inmundicia que allí se respiraba, se me hacia cada vez mas insufrible, y mientras esperaba á mi compañero el mendigo, me puse á pensar lo que debia hacer para encontrar á Enrique, único móvil que me hizo emprender mi viaje. Yo habia olvidado el título de su casa, pues como en mi pueblo solo decian *el señor marqués*, le oí muy pocas veces; sin embargo, juzgué que me seria fácil lograr mis deseos, recorriendo una por una todas las casas grandes de Madrid, y preguntando si su dueño tenia haciendas en tal pueblo. Halagada con esta esperanza aguardé á mi compañero, que no tardó en salir, y me dijo que ya no teniamos mas que una peseta de cinco reales, y que por tanto al otro dia nos seria preciso mendigar para comer. Le manifesté mi proyecto de entrar en la poblacion, pero me persuadió á que no lo hiciese hasta pasados dos ó tres dias, pues segun le dijeron aquella noche, un bando reciente contra la mendicidia, habia escitado el celo de la policia, y era preciso esperar á que fuese olvidado como otros muchos: esta circunstancia me obligó á dominar mi impaciencia, y pasamos el dia en aquellos alrededores.

Al siguiente nos hallábamos sin dinero, y nos dirigiamos por el paseo que llaman de la Ronda, implorando la caridad pública, cuando nos admiró el escesivo gentío y los muchos carruajes que pasaban. El mendigo preguntó á una aguadora, conocida suya, dónde se dirigia aquella multitud, y nos dijo que habia carreras de caballos en la Casa de Campo, á las que asistia la Reina y toda la real familia; y juzgando mi compañero que allí *harianos negocio*, nos encaminamos hácia aquel punto.

Llegado que hubimos, esperamos la salida de la gente, que comenzó á verificarse á la caída de la tarde, y durante esta no pude volver de mi admiracion... ¡Ah, qué felices me parecian aquellas señoras tan elegantes y bellas, muellemente reclinadas en sus ligeros carruajes! ¡Cuánto hubiera dado yo por gozar de una vida semejante, y cuán grande era mi desconsuelo al considerar el mísero traje que me cubria y el estado en que me hallaba!

Agitada estaba con estas sangrientas emociones de admiracion envidiosa y de orgullo humillado, cuando vi aproximarse una magnífica carretela tirada por cuatro fogosos caballos, y un caballero que cabalgaba en otro, guiándole con suma gracia y destreza, sonriendo con las hermosas señoras que ocupaban aquel carruaje. Al verle sentí un temblor indecible, y mi corazón cesó de latir, porque en aquel ginete reconocí á Enrique... á Enrique, mas bello, mas elegante que nunca... Perdida la razon, arrastrada por un impulso irresistible, corrí á su encuentro, y metiéndome casi entre los piés de su caballo, abracé su pierna, que descansaba en el estribo, gritando con voz agitada y balbuciente.

—Enrique, Enrique, por fin te he encontrado!

Estrepitosas carcajadas que salieron de la carretela respondieron á mi exclamacion. Enrique se puso pálido y encarnado sucesivamente, pero detuvo su caballo.

—¿Quién eres? me preguntó enojado, ¿qué te se ofrece?

—¿No me conoces, Enrique, le contesté, te has olvidado de la pobre Rosalia, que ha venido á buscarte desde tan lejos?

Enrique, sorprendido, me miró atentamente, y después de titubear un instante, partió al galope, sin duda para alcanzar al carruaje,

mientras que yo di algunos pasos hácia las verjas de un puente que estaba próximo, y me agarré á ellas para no caer al suelo.

—¡Oh! que infamia, dije yo interrumpiendo á Rosalia, parece imposible que tanta maldad pueda caber en el corazón humano!

(Concluirá.)

FLORENCIO MORENO Y GODINO.

EL EX-CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE MIRANDA DE EBRO.

Cuando aprovechando los momentos que nos han permitido nuestras graves ocupaciones, y guiados por una curiosidad y un afán grandísimos de ilustrarnos, hemos recorrido las provincias de Valladolid, Burgos, Alava, Madrid, Albacete, Valencia, Alicante y otras, se ha angustiado nuestra alma viendo el lastimero estado en que en lo general se encuentran las iglesias y monasterios que pertenecieron á los Regulares, y considerando que en su mayor parte podrán ser solo dentro de breve tiempo un monton de ruinas y de escombros.

Las ideas estraviadas por la falta de educacion y por efecto de la efervescencia de los ánimos y de las pasiones, y mas que todo el mezquino interés de unos pocos, han contribuido á aniquilar prematuramente sin ninguna utilidad ni provecho, reales y positivos monumentos grandiosos, en los cuales emplearon inmensas sumas nuestros antepasados, y cuyo completo abandono é injustificable destruccion nos presenta á los ojos de la culta Europa, como no merecemos de modo alguno la mayoría de los españoles.

Por aprovecharse de una mala puerta, de un pedazo de madera, de cuatro ladrillos, de algunas tejas ó de una mal labrada piedra, se han echado á rodar por el suelo obras suntuosas del arte que debieran haberse conservado á toda costa, para que las admirasen y estudiasen propios y estraños, y para que al mismo tiempo sirviesen de establecimientos industriales, de asilos de beneficencia y de depósitos y almacenes de todo género de frutos y efectos.

¿Es por ventura de absoluta necesidad que unos y otros, y en particular los de las dos primeras clases, esten siempre ó casi siempre, segun sucede, en grandes poblaciones? ¿No ganaria la salubridad pública infinito, y no serian imponderables los ahorros que experimentarían y las ventajas que reportarian los enfermos, los jornaleros y los dueños de los terceros con la ventilacion y el desahogo de los ex-conventos, con su pequeño alquiler, y con la abundancia, superior calidad y baratura de los artículos mas precisos para la vida?

Bien merece pues la pena de que los diocesanos, á quienes pertenecen hoy tales edificios á virtud de lo dispuesto en el último concordato, se ocupen con la constancia y sabiduria que les distingue, en detener los progresos de la desaparicion completa que les amenaza, adoptando con prontitud las medidas que sugiera á tan entendidos prelados su ilustrado celo.

En el entre tanto que esto sucede, y ya que por nuestra insignificancia no podamos obrar de otro modo, haremos imperecedera la memoria de varios de los repetidos monumentos por medio de vistas exactas, que iremos estampando sucesivamente en nuestro SEMANARIO, como hasta aquí, acompañadas de las noticias y datos que podamos reunir.

La que hoy ofrecemos á nuestros lectores al pié de este artículo, representa bastante bien la fachada principal de la iglesia del ex-convento de San Francisco de Miranda de Ebro.

No puede darse posicion mas ventajosa y amena que la que ocupa aquel.

Colocado en el declive de una pequeña cuesta, casi tocando con las últimas casas de la villa, dominando esta á un hectómetro de distancia del caudaloso Ebro, y descubriéndose desde sus celdas y pasadizos toda la feraz campiña que fertiliza aquel rio, la concurrida carretera de Francia y las montañas de las Provincias Vascongadas y de la Rioja, con dificultad habrá otros de la órden, no que le superen, sino que ni aun le igualen en salubridad y en toda clase de ventajas, comodidades y proporciones.

Sin embargo de nuestra estremada diligencia, no hemos podido averiguar la época de su fundacion y la de las varias vicisitudes porque ha ido atravesando.

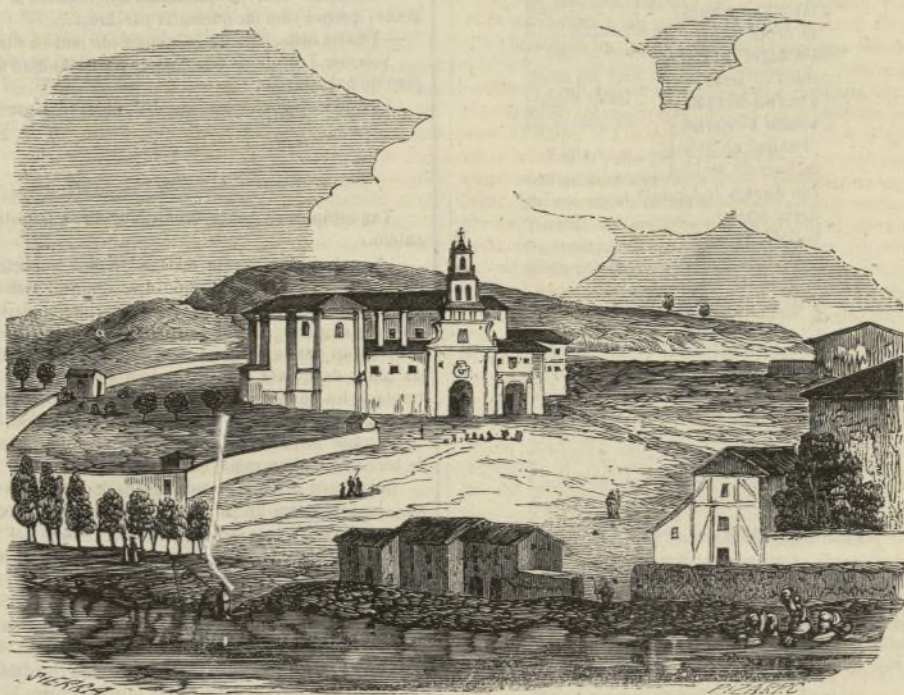
Hemos hecho mil preguntas al último guardian y á otros religiosos, los hemos impuesto del objeto sencillo que nos proponiamos, y hemos hojeado en fin los ocho ó diez tomos en folio de la *Crónica de los hijos de San Francisco*; pero todo en vano, porque los primeros nos han manifestado que no sabian una palabra, y la segunda no dedica ni una línea á hablar de esta perla de su órden; así es que tenemos que proceder por conjeturas; y fundados en las mismas, creemos que acaso y sin acaso, seria aquel, en sus principios, de me dianas proporciones y de insigni-

nificante importancia, hasta que, con su reedificación por completo á mediados del siglo XVI ó principios del XVII, las adquirió y grandes.

Entonces puede asegurarse que se labró de nueva planta, y á nosotros senos figura que la munificencia de algunos personajes enriquecidos en la reciente conquista de América y preocupados con las ideas timoratas de la época, contribuyó á enterrar sumas imponderables, que según los inteligentes, subirían á muchísimos miles de duros.

Cierto que todo el edificio es de piedra sillería; que la solidez, elegancia y la severidad están llevadas á un grado superlativo; que la iglesia es de una sola nave, de un hectómetro y cinco decímetros de

longitud, y de otros cinco decímetros de latitud; que pertenece al gusto depurado; que se asemeja á una de nuestras mejores catedrales; que cualquiera diría que había sido dirigida por los Toledos y los Herreras; que tiene ocho capillas; que la espadaña de la torre es un modelo perfecto y acabado en su clase, y que nada se echa de menos, porque es un todo completo en su género. ¿Y quién diría que esta joya arquitectónica, respetada como pocas por la guerra civil, por haber servido de hospital á veces para ochocientos enfermos de los ejércitos de nuestra idolatrada Reina, había de haber quedado convertida en solos doce años en un gigantesco é incompleto esqueleto? ¿Quién hubiera pronosticado que su iglesia había de servir, según sucede, de depósito de maderas y



(El ex-convento de San Francisco en Miranda de Ebro.)

de paja, sus capillas de rediles de ovejas, y que en lugar de los cánticos y preces que diariamente se elevaban al Rey de todos los reyes y al Señor de todo lo criado, no se oyese mas que el ruido monótono de una sierra, el de los cencerros y balidos de algunos cientos de reses lanares, y las palabras bruscas y aun obscenas de jornaleros y pastores? ¿Quién que la pieza del refectorio se había de convertir y trasformar, de repente, en un bonito teatro? ¿Qué poca estabilidad tienen las cosas humanas! ¿Cuánto mas cambia y destruye la mano del hombre, que la acción eficaz, activa é incansable del tiempo!

Sabemos que el ayuntamiento de Miranda de Ebro, comprendiendo lo necesarísima que es la conservación del ex-convento que describimos, por si llegase á ocurrir una nueva guerra ó una peste, se ocupa en allanar las dificultades insuperables que ha habido los años anteriores para adquirirle, y en proporcionar medios y recursos á fin de trasladar desde luego, á sus espaciosos salones, el hospital de la población y aun las escuelas de niños y niñas, cediendo el resto á vecinos necesitados, y ojalá que sus pasos y esfuerzos se vean coronados pronto del mejor y mas completo éxito.

REMIGIO SALOMON.

EL ESPEJO DE LA VERDAD, cuento fantástico.

(Continuacion).

VIII.

EN EL PARTO.

Como queda dicho al comienzo del capítulo anterior, con la rabia del rey Anónimo hubo la de Dios es Cristo en el país. Nadie se entendía, ni lo entendía nadie. Los ministros gobernaban á su antojo en nombre del rey, y decreto va, decreto viene, me pusieron mal parados

á sus enemigos. No tenía la reina mucho cacumen, como ya van conociendo los lectores, y ocupada además en su embarazo y en llorar su marchita hermosura, ni un bledo se le importaba de que la nave del estado se fuera á pique.

Con esto el gacetero iba ganando influencia de cada dia mayor. Él aconsejaba á la reina en sus artículos sobre las modas del vestir que caían mejor á las embarazadas reales, y aconsejaba al gobierno sobre el modo de gobernar peor, aunque él ya se lo sabia. Introdujose por arte de birlibirloque en la régia cámara, y llegó á ser el confidente mas querido de Teodolinda.

Del pobre Anónimo entre tanto no se acordaba nadie.

Pretendía la reina que se le encerrase en una jaula de oro; pero el ministro de Hacienda se opuso á aquel despilfarro, porque el país no estaba como él lo quisiera en este caso; opinó el gacetero por el emparedamiento; pero se dió en la dificultad de que el rabioso era pacífico, y se contentaba con correr á escape por los inmensos jardines del palacio, con que si lo emparedaran, podía estrellarse los sesos en los muros de su prision. Al tratar este punto convenian todos en que era urgente precaver el contagio de la hidrofobia del rey: Teodolinda en particular, que se hallaba muy contenta en aquel estado. Al fin se decidió casi unánimemente que se le pusiera una mordaza, y se le dejase dueño de todas sus acciones.

De pocos reyes cuenta la historia una felicidad mas infeliz que del Anónimo. Ni su muger ni el estado le turbaban el sosiego.

Llegó por fin el dia en que la luna del parto iba á rayar en el horizonte de Teodolinda. Preparaban los médicos sus chismes, y los boticarios componían sus drogas. El pueblo, con tanta boca abierta, no sabia sino que esperaba una droga, y en su bolsillo una operación quirúrgica.

Bien conoció Teodolinda desde aquella mañana que era llegado el trance cruel. Encomendose muy de veras á su protectora la bruja, y repitiendo para que no se le olvidara la invocación á Merlin, despidió de su aposento á las camaristas todas, que se llenaron de asombro con

este capricho. En vano le hicieron presente cuánto se esponía quedándose en aquel estado á solas.

Llegó el instante por último, y apenas pronunció Teodolinda—¡ay mi Merlin!—cayó la bruja en la cámara llovida del cielo.

—Bien venida seas, dijo la parturienta. Ya llegó el trance.

—Pues al avio, contestó la bruja, remangándose con aire de manola.

Y en un santiamén, diestra como un cirujano de cámara, colocó á la reina en posición conveniente, y á los pocos minutos tenía en los brazos una niña, diciéndole con voz y arte de bruja:

Te manda Merlin
que duermas en paz:
las niñas bonitas
no deben reinar.
Un ángel del cielo,
como tú serás,
á sus madres solo
vienen á estorbar.
¿Por qué no naciste
de horrible fealdad,
con dientes de á cuarta,
nariz colosal,
ojillos de aguja,
color de alquitran,
la boca de sótano,
y así lo demás?
Ni reino ni trono,
ni amor maternal,
robárate entonces
mi amado Satan.
Gozáste menos,
valiérate mas;
—y punto redondo,
y duérmete en paz.

La reina lloraba mientras tanto, no sabemos si de dolor moral ó físico.

—Ahora solo me falta, dijo la bruja, para completar mi obra, una cosa muy sencilla.

—¿Cuál? le preguntó la reina.

—Volver tontos á todos los palaciegos.

—Poco trabajo te costará.

—Ya lo sé.

Dió tras esto la viejecilla dos volteretas en el aire pronunciando el conjuro con voz de cada vez mas satánica, y haciendo á la reina una cortesía, desapareció con la niña en los brazos.

Levantóse Teodolinda como pudo, y á pique de desmayarse de débil y dolorida, se acercó al malhadado espejo de la verdad. Pequeños eran los pedazos que existían aun, pero bastaron para verse el rostro. ¡Oh felicidad! había recobrado su hermosura completamente. Ya era la Teodolinda de antaño, la reina de todas las mugeres, como había dicho con tanto acierto la *Gaceta*.

En esto penetraron en la régia cámara palaciegos en gran número dando muestras de dolor lastimosas.

—Señora, exclamaron á coro. ¡Qué desgracia tan terrible! pero, ¿cómo ha podido suceder sin que en palacio se sepa? Esto es cosa sobrenatural. El pueblo está consternado.

La reina miró á todos como loca; pero recordó al punto lo que le había prometido la bruja y sonrió murmurando:

—Ya acabaron de entontecer.

Luego, como quien se hace de nuevas, se volvió á los cortesanos, preguntándoles:

—¿De qué habláis?

—De la desgracia de V. M.

—De nuestra desgracia.

—De la desgracia de toda la nación, exclamaron á la par tres, interrumpiéndose mutuamente.

—No os comprendo, respondió la reina.

Los cortesanos la contemplaban atentamente, y al verla en su estado natural, como antes del embarazo, se decían unos á otros:

—No cabe duda.

—¿Pero en qué?

—¡Oh pueblo desventurado!

—¿Por qué?

—¡Pueblo desventurado! ¡Dios te quiere mal!

—¿Acabareis de explicarme?...

—¿Con que la Augusta princesa...

—¿El regio vástago...

—¿El capullo...

—¿El mas bello florón de la corona?...

—¡Ha muerto al nacer! exclamó uno, el mas audaz, vertiendo á mares lágrimas como puños.

—¡Ay! exclamó la reina estupefacta. Por desdicha es verdad.

—¡Y ya la han enterrado!

—¡Ya! repitió la reina, cada vez con mas asombro.

—Mire V. M. por el balcón. Ahora pasa el fúnebre cortejo.

Hizo lo que se le indicaba Teodolinda, y vió efectivamente un entierro muy lujoso, y á la bruja que lo presidía, para todos invisible, cabalgando en un palo de escoba.

—El pueblo se hacía cruces; pero lloraba.

La reina mientras tanto, murmuraba para su capote:

—Ha hecho bien mi protectora en rematar la estupidez de esta gente, porque sino me quemaría por bruja...

—Y haría bien, dijo una voz ahogada junto á ella.

Volvióse Teodolinda con espanto, y hasta miró debajo de la cama; pero no había nadie.

La conciencia es un reloj que da las horas aunque no se le dé cuerda.

IX.

DESPUÉS DEL PARTO.

Tan estúpida se había vuelto la corte, que vistió de luto un mes entero.

¡Y qué cosas pasaron además! Nadie sospechó de Teodolinda, nadie dijo una sola palabra de desconfianza. Con el luto y todo se bailó en palacio á los ocho días. Los maridos no dejaban un punto solas á sus mugeres; los diplomáticos eran leales; los pobres se hacían ricos en un santiamén; los ricos prestaban dinero á todo el mundo; las niñas de quince años no pedían amante á voz en grito; las de veinte no los buscaban; las de treinta á nada decían que sí. Los usuarios tuvieron que declararse en quiebra, y se cerró la Bolsa.

Dejamos otros detalles á la perspicacia del lector, porque ni son de necesidad, ni queremos cansarnos.

Como vivir con una persona tocada de la rabia es vivir en una agonia, los empleados de palacio se cansaron por fin de guardar miramientos al pobre Anónimo, que sin cesar erraba por los jardines, pues la entrada en las habitaciones no se le permitía. Cuando se acercaba á alguno, aunque mansamente, le sacudía con un látigo, de que todos se provieron.

Una vez solamente le vió la reina en esta situación lamentable. Había subido á tomar el sol al terrado en compañía del gacetero, que se le iba pegando como una ostra, y por una casualidad oyó los gritos que su augusto esposo daba en el jardín, apaleado de lo lindo por un quidán de los de escalera abajo. Como su corazón era compasivo, y no podía ver males sin remediarlos, al punto mandó que abrieran la puerta del jardín, por donde el rabioso tomó incontinenti las de Villadiego con gran júbilo.

Dejemos á los reyes cumpliendo cada cual su misión, como hoy se diría, y vamos á la bruja, que en cuatro meses que hace que no la vemos, debe de haberle sucedido alguna cosa notable de contar.

Íbamos en que se llevó á la princesa, y en que después presidía el entierro.

Como el lector sospechará, aquel entierro era todo pura brujería. Ni el ataúd era ataúd, ni la muerta muerta, ni los frailes frailes, aunque estos bien lo podían ser. El pueblo ya estaba tonto cuando los vió.

Terminada la ceremonia dirigióse la bruja con la princesa en los brazos á una sierra muy escabrosa, muy escabrosa, donde tenía su morada cierta amiga suya, del oficio también. Un hoyo entre dos piedras, por cima dos sogas clavadas de pared á pared, y por adornos un bote de untos mágicos, un gatazo mas feo y mas negro que Belcebú, un palo de escoba para cabalgar, en un agujero cuatro dientes y tres muelas aguardando la resurrección de la carne, y unos chapines en muy mal uso que hacían papel de espejos con sus suelas untadas en lo del bote. Para que no se nos acuse de poco verídicos, añadiremos á esta relación un murciélago embalsamado, y una especie de cartera de piel de lechuza que contenía hasta cuatro pelos del mismísimo bigote de Lucifer.

Estaba la segunda bruja requiriendo de amores á su gato, cuando llegó la bruja primera.

Como ya se habían visto después del desencantamiento de esta, ni se besaron, ni se dieron los buenos dias tan siquiera, ni un simple apretón de huesos.

En ciertas ocasiones, por escepcion, no se parecen las brujas á las mugeres.

—¿Qué traes? preguntó la bruja segunda de mal talante, y como quien dice:—despacha pronto.

—Vengo á pedirte un favor, respondió la segunda.

—¿No será dinero?

—No me pongas esa cara, que no es dinero.

—Pues ea, di.

A toda dulce confianza ajeno,
En su propia maldad siempre inseguro,
Puede empapar su aliento en el veneno
Mágico, que convierte en puñal duro
La palabra cruel con que un amante
Hiere de muerte al otro en un instante!...

Esa era el alma de Don Luis maldita,
Del amor de Lucía recelando
Porque en vez de calmarla mas la irrita
Belleza tanta como está gozando;
Esa era su alma, ese furor la incita
Ha ya bien negros tristes días, cuando
Halló por fin una sangrienta injuria
Tinta en la hiel de su zelosa furia!...

De qué enredados nudos el infierno
Tejió esos celos, cuál su causa ha sido,
Qué doloroso torcedor interno
El pecho de Don Luis ha enfurecido
Contra este pecho enamorado y tierno...
¡No lo sé!... ¡No lo sé!... ¡No lo he sabido!...
¡Mas á qué buscar causa á un mal que aumenta,
Cuando de su ira propia se alimenta!...

Del seno de Don Luis, donde está oculto
Y al lado del amor, el odio late,
Salió en fin victorioso y en tumulto;
¡Vencido el triste amor en el combate!...
Y un monstruoso, homicida y frio insulto
Lanzó á esta pobre niña!... Cual abate
Su vuelo un ave por el plomo herida,
Así Lucía el vuelo de su vida!...

Basta, la dijo un día el asesino;
Basta ya de disgusto y de tormento:
Cada uno de los dos por su camino,
Tú contenta y pagada y yo contento:
Por una cuenta alzada que imagino,
Y poniendo á buen precio el sentimiento,
A duro el beso, cálculos seguros,
Treinta mil besos son treinta mil duros.

Ahí los tienes y en paz!... Y por la puerta
Se fué sin dar siquiera una mirada
De compasion, á esta inocente, yerta
De asombro doloroso, y aterrada!...
¡Muerta ya desde entonces!... ¡Muerta!! ¡Muerta!!...
¡Sin que me la pudiera salvar nada!...
¡Inútil el calor de todo el cielo
Para ablandar este puñal de hielo!...

¡¡Madre mía de mi alma!!! De su espanto
Horroroso, al salir, fué el primer grito,
Y echó á correr regando el suelo en llanto
Y huyó del nido de su amor, maldito!...
¡El dulce nido que ella amaba tanto!...
¡Donde creyó al amor, santo, infinito!...
Maldito para siempre en un conjuro
Mas que la boca del demonio impuro!!!

¡Hija de mis entrañas!... En mi seno
No encontraste á tal pena medicina!...
¡Qué amor de madre por mas grande y bueno
Puede arrancar otra amorosa espina!...
¡Contra tu negro y áspero veneno
No habia yerba humana ni divina!...
¡Algunas veces el amor se calma,
Mas no si ha herido el alma de nuestra alma!...

¡Sin esperanza ya, desde el instante
Que conocí esta odiosa horrible historia,
Dejé á mi hija en su agonía amante
Hartarse en paz de su infeliz memoria!...
¡A qué turbar á un pobre delirante,
Cuando toda esperanza es ilusoria,
Cuando todo para él es un martirio,
Sino el fatal amor de su delirio!...

Como al amanecer pierde una estrella
Poco á poco su blanca luz, y al día
Se entrega... Que venimos ya por ella,
Dijo una áspera voz, que dejó fría

A la madre infeliz de la hija aquella
Que la honda tierra para sí pedía,
Y tres hombres con brusco movimiento
Entraron en el fúnebre aposento.

¡¡Hija!! ¡¡Hija mia!! ¡¡Ay!!! ¡¡No!! Con mis manos
Yo te defenderé!!! Mas sin sentido
Cayó al suelo la triste!... ¡Esfuerzos vanos!...
La orfandad del sepulcro y el olvido
Desprecian al amor y al llanto humanos,
Y arrancan al cadáver mas querido
De entre los tiernos brazos que le aprietan,
Y sin razon al mundo le sujetan.

FIN DEL CANTO SEPTIMO.



PALACIO DE RECREO.

El palacio de recreo, cuyo grabado ofrecemos hoy á nuestros suscritores, es uno de esos bellos edificios que hermosean las campiñas italianas, y cuya magnificencia y comodidades solo pueden compararse con el buen gusto de su construccion y las riquezas verdaderamente artísticas que encierran.

Las cercanías de Roma, de Nápoles, de Florencia y de Milan, presentan al viajero á cada paso preciosas residencias, en las cuales no se sabe qué admirar mas, si la franca hospitalidad con que son acogidos, ó los tesoros arquitectónicos que se despliegan á su vista. Cascadas, fuentes, estanques, verjeles, galerías de grandes cuadros, cenadores, gabinetes de estudio, estatuas colosales, todo cuanto encierra en su seno una gran ciudad, todo cuanto embarga la imaginacion, se encuentra en los palacios de recreo de Italia.

Otras naciones, y señaladamente la Francia, cuentan tambien con algunas residencias notables, próximas á las grandes poblaciones: la Inglaterra conserva todavia no pocos de sus antiguos castillos; pero ninguno de ellos iguala á los que hemos mencionado, en el conjunto de placeres que ostentan. En las residencias inmediatas á Paris, á Londres y á Berlin, se pueden pasar quince dias sin aburrirse: en las de Italia trascurren los años entre placeres que nunca tienen fin.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.